



I love

Una nueva aventura por vivir

Despliegue de la historia

Dedicatoria:.....	1
Prólogo.....	2
Capítulo 1 Estrellado	3
Capítulo 2 Extrañé ver la belleza de las estrellas en tus ojos.....	6
Capítulo 3 Estando bajo tus brazos.....	9
Capítulo 4 Al admirarte	11
Capítulo 5 Al conocerte	13
Capítulo 6 Pensando en la estrella	15
Capítulo 7 Estando con ella	18
Capítulo 8 Donde todo cobra sentido	21
Epílogo	23
Agradecimientos.....	24

Dedicatoria:

A ti, que te convertiste en la estrella más brillante de mis noches y la luz que guía mis días. Este libro es un reflejo de lo que has significado en mi vida, de cómo un simple encuentro puede cambiarlo todo y de cómo, sin siquiera proponértelo, llenaste de magia cada uno de mis pensamientos. También está dedicado a nuestras familias, porque en su amor y apoyo encontramos siempre un hogar donde nuestras historias pueden crecer.

Prólogo

El amor es un universo de emociones inexplicables, un cielo estrellado donde cada sentimiento brilla con su propia intensidad. A veces, creemos que conocemos la belleza, hasta que alguien llega y nos demuestra que la verdadera luz no está en lo que hemos mirado toda la vida, sino en aquello que nunca imaginamos encontrar.

"I Love" es una historia sobre esa clase de encuentros que cambian todo, sobre miradas que guardan constelaciones y sobre la magia de descubrir en alguien más un reflejo de lo que siempre hemos buscado.

Este libro es el testimonio de lo que se siente admirar a alguien en silencio, dejarse envolver por su esencia y entender que, aunque las palabras sean insuficientes, los sentimientos siempre encontrarán su propia manera de expresarse

Capítulo 1 | Estrellado

Hace un tiempo, un hombre solía pararse tras su ventana para ver la noche caer y, con ella, el cielo llenarse de estrellas. Al pasar de los días, llegó a la conclusión de que no existía nada más bello que una estrella. Así, pasaron días y meses, y cada noche repetía su costumbre de admirarlas en silencio.

Una primavera, mientras buscaba manzanas en el campo, distinguió a lo lejos a una persona brillante y única entre tantas otras. Sin darle mayor importancia, siguió con sus quehaceres y volvió a su costumbre de siempre: contemplar las estrellas.

Días después de aquel encuentro fugaz, esa misma persona pasó frente a su ventana justo cuando el sol comenzaba a ocultarse. Él la miró y, por primera vez, se permitió observarla con detenimiento. Sus ojos, su cabello, su silueta, su manera de caminar... Cada detalle en ella parecía especial. Sin embargo, no tuvo la valentía de hablarle, solo la dejó alejarse mientras su mirada la seguía en la distancia.

El tiempo pasó, y él continuó con su rutina nocturna de admirar las estrellas. Pero algo en su interior había cambiado. Cada vez que alzaba la

vista al cielo, sin quererlo, recordaba aquella figura que había capturado su atención.

Una tarde, decidió salir a su pueblo. Mientras caminaba por las calles, escuchó hablar de un baile que se celebraría esa noche. Se cuestionó si debía ir o si, como siempre, preferiría quedarse a observar el cielo estrellado. ¿Valdría la pena desperdiciar una noche sin ver sus estrellas brillar?

A pesar de la duda, tomó una decisión: asistiría al baile. Por una noche, dejaría de lado su costumbre y se aventuraría en un ambiente que no le era familiar.

Cuando llegó, se sintió extraño, como si estuviera fuera de su propio mundo. Pero entonces, entre la multitud, la vio. Era ella. La misma persona que había cruzado su ventana aquella tarde, la misma que brillaba con luz propia sin necesidad de estrellas en el cielo.

La observó en silencio por un largo rato. Notó que ella tampoco parecía sentirse cómoda con el entorno. Había algo en su expresión que reflejaba un leve temor a adaptarse.

Reuniendo valor, se acercó y le dijo:

—Hola, ¿qué tal? ¿Cómo estás?

Ella lo miró y, con una suave sonrisa, respondió:

—Bien, ¿y tú?

Así comenzaron a hablar, y con cada palabra, la barrera de la timidez se fue desvaneciendo. Sin darse cuenta, terminaron alejándose del bullicio del baile y salieron a contemplar el cielo.

Las estrellas brillaban con la misma intensidad de siempre, pero esa noche, para él, parecían aún más hermosas.

—Sabes —dijo él, con la mirada perdida en el firmamento—, me encanta ver la noche caer y cómo cada estrella brilla en su propio entorno. Son únicas y especiales para mí.

Ella suspiró y respondió:

—A mí también me encanta verlas. Me hacen sentir segura y amada.

Él giró su rostro hacia ella y, con una sinceridad que nunca antes había sentido, susurró:

—Cada vez que miro tus ojos, me recuerdan a una estrella... Única. La que desearía ver todas las noches.

Capítulo 2 | Extrañé ver la belleza de las estrellas en tus ojos

Desde que tenía memoria, las noches estrelladas habían sido su escape.

Miraba el cielo en busca de respuestas que no sabía que necesitaba, dejando que el brillo de las estrellas llenara el vacío de sus pensamientos.

Pero últimamente, incluso el cielo más despejado le parecía incompleto.

La había visto pasar más de una vez. En el campo, entre las sombras de los árboles, y en el pueblo, moviéndose con una naturalidad que hacía que el resto del mundo se sintiera borroso. No sabía su nombre ni de dónde venía, pero había algo en ella que lo hacía mirar dos veces. Algo que lo inquietaba, que lo llamaba de una manera que no podía explicar.

Y ahora estaba ahí, frente a él, con la luz de la luna dibujando reflejos en su piel. Era extraño. Era inesperado. Pero no podía ignorar la sensación de que aquel momento significaba algo.

—Siempre he mirado las estrellas —murmuró, sin saber por qué hablaba en voz alta.

Ella lo observó con curiosidad, como si intentara descifrarlo.

—Son tranquilas, hermosas... pero creo que últimamente ya no brillan igual.

Ella ladeó la cabeza, intrigada.

—¿Por qué lo dices?

Él sostuvo su mirada por un instante. No era una respuesta fácil de decir en voz alta, pero ahí, bajo ese cielo infinito, sintió que debía hacerlo.

—Porque vi algo en tus ojos que nunca vi en el cielo.

El viento sopló suavemente entre ellos, moviendo su cabello, como si el universo entero estuviera escuchando.

—Cada noche —continuó él—, cuando miro hacia arriba, busco esa misma luz. Pero no la encuentro. Y entonces me doy cuenta de que no son las estrellas las que extraño...

Hubo un silencio entre ellos. Un silencio que no pedía palabras, porque en sus miradas ya estaba la respuesta.

—...Eres tú.

No supo si el latido fuerte en su pecho era suyo o si el mundo entero se había estremecido con su confesión. Pero lo que sí supo fue que, en ese instante, ya no necesitaba buscar estrellas en el cielo.

Porque había encontrado su propia constelación en la mirada de ella.

Capítulo 3 | Estando bajo tus brazos

El tiempo es un misterio. A veces corre sin detenerse, arrastrando todo a su paso, y otras veces, parece quedarse suspendido, atrapado en un instante que se siente eterno.

Eso fue lo que él sintió aquella noche.

No sabía cómo había terminado así, con ella tan cerca, sintiendo la calidez de su cuerpo a través de la delgada distancia que los separaba. No recordaba quién dio el primer paso o cómo el espacio entre ellos se había desvanecido de un momento a otro. Solo sabía que ahora estaba ahí, bajo sus brazos, en un abrazo que no había pedido pero que, de alguna manera, necesitaba.

Ella no dijo nada. Tampoco él. Sus respiraciones eran lo único que se escuchaba en medio de la noche, mezclándose con el susurro del viento.

Podía sentir su corazón latiendo, no sabía si por la cercanía o porque, por primera vez en mucho tiempo, el mundo parecía encajar en su lugar.

—Es curioso... —susurró ella después de un rato, con la voz apenas audible— nunca pensé que alguien que no conozco me haría sentir tan segura.

Él cerró los ojos. Tampoco entendía qué era esto, qué significado tenía, pero en ese momento no le importaba.

—Tal vez... no hace falta conocer a alguien con palabras —murmuró—. Tal vez hay cosas que se entienden sin necesidad de explicarlas.

Ella no respondió, pero sus brazos rodeándolo con más fuerza fueron suficiente respuesta.

Y en ese abrazo, en la calidez de ese instante, él comprendió que había lugares que podían sentirse como un refugio, y ella... ella acababa de convertirse en el suyo.

Capítulo 4 | Al admirarte

Desde que la vio, supo que había algo en ella que atrapaba su atención de una manera que ninguna otra persona lo había hecho antes.

Tal vez era la forma en que se movía, con esa tranquilidad que contrastaba con la energía del mundo a su alrededor. O tal vez era la forma en que su mirada se perdía en el horizonte, como si su mente estuviera en otro lugar, más allá de lo que cualquiera podía ver.

No lo sabía con certeza. Pero lo que sí sabía era que le gustaba observarla.

No de una manera invasiva, sino con la curiosidad de quien contempla algo que no entiende del todo, pero que le resulta fascinante.

Ella tenía ese tipo de belleza que no se limitaba a lo físico. Era algo más profundo, algo que se reflejaba en sus gestos, en la forma en que hablaba, en cómo su mirada brillaba cuando se distraía con algo simple.

Hubo un momento en que ella lo descubrió mirándola.

Sus ojos se encontraron, y por un segundo, sintió que el tiempo volvía a hacer esa pausa extraña, esa que ocurría solo cuando estaban cerca.

—¿Qué? —preguntó ella con una sonrisa curiosa.

Él desvió la mirada por un instante, pero luego decidió que no había razón para ocultarlo.

—Nada —respondió—. Solo... te admiro.

Ella pareció sorprendida, como si nadie le hubiera dicho algo así antes.

—¿Por qué?

Él sonrió levemente.

—Porque hay personas que no necesitan hacer nada extraordinario para serlo.

Ella bajó la mirada por un instante, como si no supiera qué responder. Pero él notó el leve sonrojo en su rostro, y eso fue suficiente para saber que sus palabras habían llegado a su destino.

Capítulo 5 | Al conocerte

No recordaba cuándo había empezado.

Tal vez fue la primera vez que la vio pasar por el campo, con el viento jugando con su cabello y el sol dibujando reflejos dorados en su piel. O tal vez fue la noche en que sus miradas se encontraron bajo las estrellas y sintió que algo en su interior cambiaba.

Fuera como fuera, de algo estaba seguro: conocerla había sido la casualidad más extraordinaria de su vida.

Al principio, fue solo curiosidad. Esa sensación de querer entender por qué alguien podía capturar tanto su atención sin siquiera intentarlo.

Pero luego, se convirtió en algo más.

Cada conversación, cada mirada, cada pequeño detalle de ella parecía encajar en un rompecabezas que él no sabía que estaba armando. Sus gestos, sus silencios, su risa... cada parte de ella era un universo en sí mismo, y él quería explorarlo todo.

Había pasado de verla a esperarla.

De encontrarla por casualidad a buscarla en cada rincón del pueblo, esperando verla aparecer con esa misma luz que siempre la rodeaba.

No entendía del todo qué era esto que sentía. Solo sabía que, desde que la conoció, su mundo había cambiado.

Y lo más extraño de todo... es que no le asustaba.

Porque si conocerla significaba perderse en lo desconocido, entonces estaba dispuesto a hacerlo.

Capítulo 6 | Pensando en la estrella

Había una estrella en particular que siempre llamaba su atención.

No era la más grande del cielo, tampoco la que brillaba con más intensidad. Pero tenía algo... algo que la hacía distinta a todas las demás.

Era pequeña, delicada, con una luz suave que parecía titilar con dulzura, como si respirara al compás del universo.

Cada vez que la veía, pensaba en ella.

No era solo la coincidencia de su tamaño o de esa luz que no buscaba destacar, pero que inevitablemente atrapaba la mirada. Era algo más profundo. Algo que iba más allá de la simple comparación.

Ella también era pequeña, con esa presencia que, en lugar de imponerse, se deslizaba con naturalidad, dejando un rastro invisible que de alguna manera se quedaba en él.

Su piel, clara como la luna en una noche despejada, reflejaba la luz con una suavidad que lo hacía pensar en los primeros rayos del amanecer. Su cabello, largo y sedoso, caía sobre su espalda como si fuera una cascada

de sombras en la noche, ondulando con cada soplo de viento, danzando en libertad como si perteneciera a otra realidad.

Pero lo que más lo atrapaba eran sus ojos.

Eran grandes, expresivos, tan llenos de vida que parecían contener secretos que nadie más había descubierto. En ellos, el brillo se reflejaba de una manera distinta, no como la luz de una lámpara cualquiera, sino como el reflejo de una estrella distante, de esas que parecen guiar el camino sin siquiera intentarlo.

Y luego estaban sus pestañas... largas, gruesas, con la delicadeza de un susurro. Cada vez que parpadeaba, era como si el tiempo hiciera una pausa diminuta, como si la noche misma esperara solo para verla abrir los ojos de nuevo.

Sus labios eran el complemento perfecto: suaves, delineados por la naturaleza con la precisión de un artista. No necesitaban color ni adornos, porque ya eran lo suficientemente hermosos por sí solos.

Cada parte de ella era un universo en sí mismo. Desde la forma en que se movía hasta la manera en que su voz flotaba en el aire, con un tono sereno,

con esa dulzura que no buscaba ser notada, pero que dejaba huella en quien la escuchaba.

Y así, cada noche, al mirar esa estrella en el cielo, no podía evitar pensar en ella.

Porque, al final, ¿no era ella también una estrella?

Una que, sin buscarlo, se había convertido en la más hermosa de todas.

Capítulo 7 | Estando con ella

Había algo en ella que no podía explicar con palabras, algo que iba más allá de lo que nunca había sentido. No era solo su presencia, no era solo su voz o la manera en que su mirada lo detenía en el tiempo. Era todo lo que despertaba en él.

Desde que ella apareció, sintió cosas que ni siquiera sabía que podía sentir.

No era amor a primera vista, ni tampoco algo que pudiera llamarse destino. Era una conexión que se tejió poco a poco, en miradas robadas, en momentos fugaces, en silencios que no pesaban, sino que envolvían.

Antes de ella, la vida le parecía monótona, los días pasaban sin diferencia alguna. Pero entonces, su mundo se llenó de matices que no había visto antes. Los amaneceres parecían más cálidos, las noches más serenas. Y no porque el sol o la luna hubieran cambiado, sino porque en cada cosa, en cada rincón, en cada instante, ella estaba presente.

Descubrió que los latidos pueden sentirse en todo el cuerpo cuando alguien especial se acerca. Que hay sonrisas que se graban en la memoria

sin esfuerzo, que las palabras pueden quedarse resonando incluso después de haber sido dichas.

Descubrió que la felicidad no siempre viene de los grandes momentos, sino de los pequeños.

De verla sujetarse el cabello distraídamente, de escuchar su risa sincera cuando algo realmente le divertía. De verla cerrar los ojos por un segundo, disfrutando el viento. De notar cómo sus mejillas tomaban un leve color rosado cuando algo la hacía sentir tímida.

Y entonces entendió.

Ella no era solo alguien más en su historia. Ella era la historia.

El tiempo, aunque corto, había sido suficiente para marcarlo. Porque hay personas que no necesitan años para dejar huella, que, con solo existir, logran entrar en los rincones más profundos de un corazón.

Había querido decirle tantas cosas, pero nunca encontraba las palabras correctas. Todo lo que sentía era más grande de lo que su voz podía expresar, más inmenso de lo que sus manos podían escribir.

Y entonces, lo hizo.

Tomó aquel pedazo de papel que había guardado durante días, esa carta que llevaba su alma plasmada en tinta, y la sostuvo entre sus dedos.

La miró una vez más, sintiendo que, en ese momento, todo lo que había vivido con ella tenía sentido.

Respiró hondo, y sin decir más, se la entregó.

No había más que añadir. Lo demás, estaba escrito.

Capítulo 8 | Donde todo cobra sentido

Los momentos que más marcan el alma no siempre llegan con advertencias. A veces, suceden en un cruce de miradas, en la inesperada certeza de que alguien, sin siquiera intentarlo, se ha vuelto parte de uno mismo. Así fue con ella. No supo cuándo empezó, solo que un día se descubrió buscándola en cada rincón, en cada recuerdo, en cada estrella que titilaba en el cielo.

En sus ojos descubrió verdades que jamás había entendido. No solo reflejaban el mundo, sino que lo hacían brillar de una forma distinta. No eran simplemente bonitos, eran un hogar. Un refugio donde todo lo imposible se volvía alcanzable, donde cualquier temor se desvanecía con un solo parpadeo. Cada vez que la veía, sentía que el universo tenía sentido, como si todo lo vivido lo hubiera llevado hasta ese preciso instante.

Inevitablemente, ella cambió su manera de sentir. Le enseñó que el amor no siempre llega con estruendo, que a veces es un susurro suave que se cuela en el corazón hasta arraigarse completamente. Y aunque el tiempo no fuera infinito, aunque el destino jugara con los días, sabía que haberla

encontrado era suficiente. Porque algunas personas no llegan para quedarse físicamente, sino para convertirse en parte de uno mismo, en una luz que jamás se apaga.

De repente, todo lo que alguna vez creyó sobre el amor se sintió pequeño. No era cuestión de palabras grandiosas ni de promesas sin final. Era la forma en que ella, sin siquiera intentarlo, lo hacía sentir vivo. La manera en que con su sola existencia transformaba lo ordinario en extraordinario. Con ella entendió que no era necesario poseer algo para que fuera eterno; algunas cosas, algunos amores, viven para siempre en los rincones más profundos del alma.

Y ahí, entre pensamientos y latidos desordenados, comprendió que todo cobraba sentido. Que cada estrella observada en soledad, cada noche anhelando un destello distinto, lo había llevado a encontrar su propia luz en la mirada de ella. Y así, en el umbral de un sentimiento tan inmenso como inexplicable, el destino se encargó de sellar la historia con la más hermosa certeza: ella, de alguna manera, siempre estaría en él.

Epílogo

A veces, la vida nos lleva por caminos inesperados, pero en cada giro, en cada mirada, descubrimos razones para seguir avanzando. Nunca imaginé que una estrella pudiera cambiar mi forma de ver el cielo, que unos ojos pudieran iluminar más que cualquier constelación.

Al final, todo cobra sentido: cada momento, cada suspiro, cada pensamiento. Porque hay personas que llegan y nos enseñan que el amor no es solo un sentimiento, sino una historia que se escribe en miradas, en silencios compartidos y en la certeza de que, sin importar lo que pase, algunas conexiones son eternas.

Agradecimientos

A ti, que sin darte cuenta inspiraste cada palabra de este libro. Porque en tu risa encontré melodías, en tu mirada descubrí universos y en tu presencia entendí que algunas historias merecen ser contadas.

A nuestras familias, que nos enseñaron a amar con el corazón abierto y nos dieron el ejemplo de que el amor verdadero siempre deja huella.

Y a la vida, por permitir que nuestros caminos se cruzaran y por recordarnos que, a veces, lo más inesperado es lo que más vale la pena.

Sinopsis:

"I Love" es una historia de amor que florece entre estrellas y silenciosos suspiros. Un hombre, acostumbrado a contemplar la belleza del cielo nocturno, ve un día a una joven que, con su presencia, ilumina su vida como una estrella única y brillante. En su mirada descubre un mundo nuevo de emociones, algo que nunca imaginó experimentar. A través de encuentros casuales, palabras no dichas y momentos compartidos, ambos descubrirán que el amor no siempre llega de la forma que esperan, pero siempre llega en el momento perfecto.

Este libro es un viaje a lo más profundo del corazón, donde el amor se encuentra en las pequeñas cosas: una mirada, un gesto, una estrella. "I Love" es una historia sobre el destino, la conexión y el poder de las emociones que unen a las almas, recordándonos que el verdadero amor puede ser tan brillante y eterno como las estrellas que adornan el cielo.